

rador del caso, dispuso que se tomase informacion; uno de los compañeros de Onacro declaró que este habia sido el autor de todo, y la mujer explicó el hecho tal como habia acontecido. Por su parte Onacro manifestó que lo habia hecho por orden del obispo Estéban, resultando que algunos clérigos de este habian tomado parte en la trama...

»Los arrianos, cuyas continuas derrotas no les acobardaban ni servian de rémora para que cediesen en sus infames propósitos, consiguieron apoderarse de la Iglesia de Antioquía, en cuya sede colocaron á Leoncio que, siendo presbítero, se habia él mismo hecho eunuco para que no le separasen de una mujer á la cual profesaba extraordinario afecto. Durante ocho años que ocupó aquella silla, no trató mal á los católicos, pero se hizo notar porque no ordenaba mas que á los de la faccion arriana y á estos concedia todos los empleos. En cuanto á sus doctrinas, no podian ser mas perversas. Negaba no solamente la igualdad, sino hasta la semejanza del Verbo con el Padre, pues que, añadía, la criatura nunca puede asemejarse al Criador.

»Cuando á principios de 349 murió Gregorio de Alejandria. Constancio escribió á San Atanasio, invitándole á que volviese á su silla. No parecia el Santo muy dispuesto á volver al Oriente, pero el Emperador le escribió segunda y tercera vez é hizo escribirle á algunos que con el santo tenian gran amistad, y á fuerza de tantos ruegos consintió en regresar á Alejandria.

»Es muy notable la carta que con este motivo escribió el Emperador á aquella Iglesia, manifestando las grandes virtudes del Prelado y su deseo de que volviese á gobernar con acierto aquel su trabajado rebaño. No queriendo el santo comunicar con Leoncio, el Emperador le rogó que cediese una Iglesia para los del partido contrario, á lo que el santo accedió.

»No seremos nosotros los que pongamos en tela de juicio este acto de San Atanasio. Tal vez quiso evitar mayores males y fué guiado para obrar de este modo por el deseo de evitar desmanes de mayores consecuencias, y al hacer esta concesion trató de que fuese compensada, pidiendo que se diese á los católicos otra Iglesia en Antioquía. Los arrianos se negaron á esto, temiendo lo que les habia de perjudicar esta cesion, y con tal motivo el Emperador cedió en su pretension.»

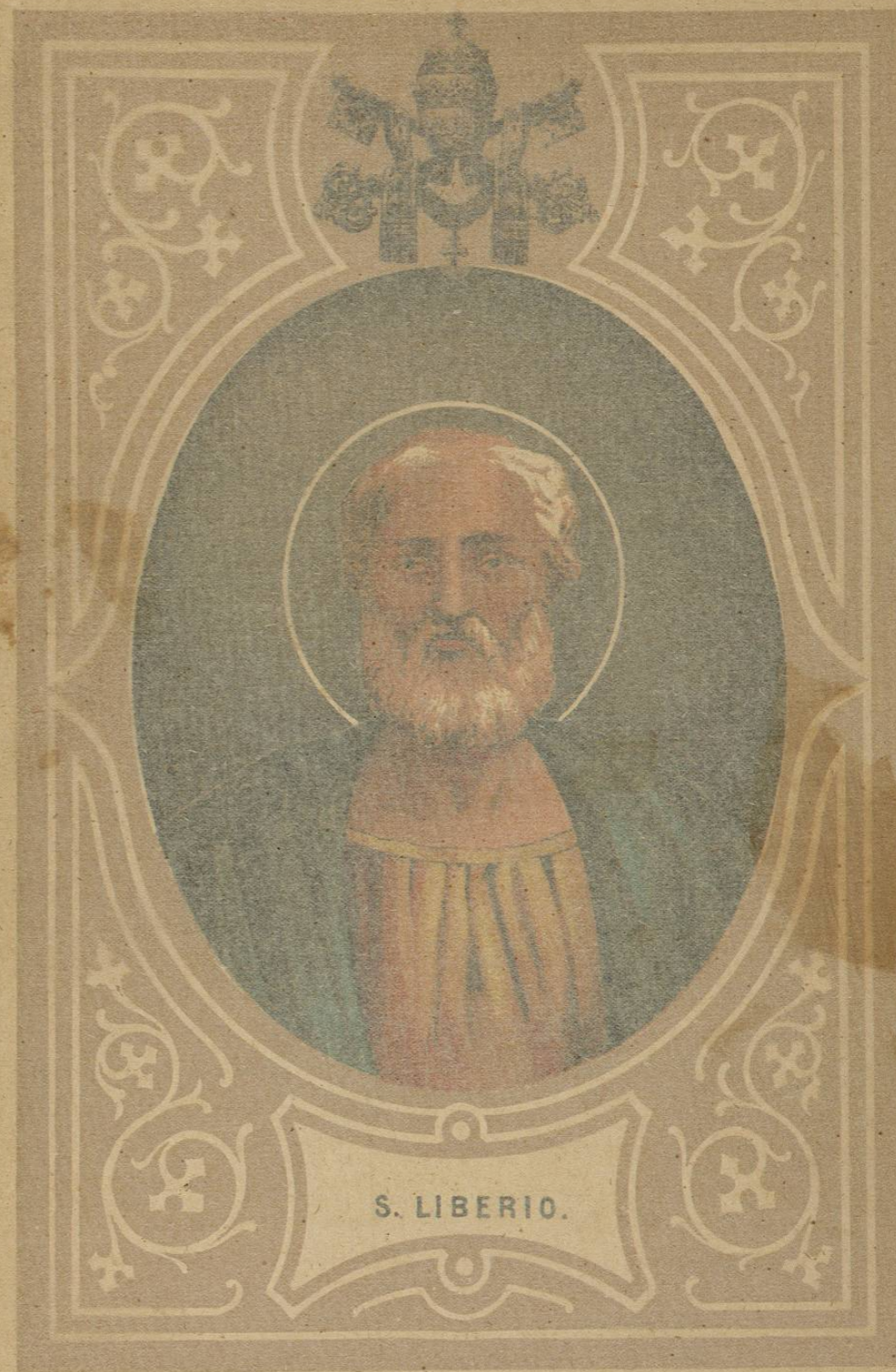
No fué sin embargo muy firme la voluntad del emperador, ni muy duradera la paz entre los arrianos y San Atanasio, quien habia obtenido. á su favor, de un concilio alejandrino de cien obispos, una carta sinodal dirigida á todo el orbe católico y en particular al romano pontífice. El ilustre campeón de Cristo fué á Roma, como á un verdadero refugio; y respetuoso con la dignidad suprema de la cabeza visible de la Iglesia, hizo confesion de su fé á San Julio, le pidió que le permitiese habitar en la ciudad eterna, y el papa le acogió con amor, defendióle de las calumnias de los arrianos con su autoridad apostólica, y le prestó su apoyo en el concilio de Sárdica, donde bajo la presidencia de los legados pontificios, se formaron sapientísimos cánones, entre otros los referentes á las apelaciones, atribuidas por algunos al concilio niceno, y que fueron un solemne reconocimiento de la supremacia pontificia. El hecho mismo de haber acudido San Atanasio al papa Julio, el ver que á este se dirigieron los clamores de todos los católicos, y que el exámen de la causa y la sentencia dictada por él fueron juzgados inapelables hasta por los herejes de aquel tiempo, son otras tantas irrefutables demostraciones de la universal opinion sobre el primado. Los eusebianos y los arrianos intentaron toda clase de malicias y de fraudes para torcer el ánimo ó engañar á Julio I, cuya autoridad reconocian como suprema; pero todo fué en vano, pues el pontífice, despues de examinar en Roma la cuestion referente á San Atanasio y las de otros obispos católicos, reunidos á su voz para el efecto, reconoció su inocencia y la pureza de su fé, los declaró dentro de la comunion de los fieles, y como por su dignidad á él pertenecia el cuidado de todas las iglesias, restituyó á cada uno la suya. Reprobó además la conducta de los obispos reunidos en sinodo en Antioquia y, en virtud de su autoridad suprema y de su infalible magisterio, les recordó que era ley de la Iglesia la de que ningun valor tienen las cosas establecidas contra la opinion del obispo de Roma. Finalmente, en un concilio celebrado en Roma, con asistencia de cincuenta obispos, pronunció decreto de absolucion en favor de San Atanasio y le mandó que volviese á su diócesis, provisto de cartas comunicatorias.

Tampoco omitió San Julio esfuerzo alguno para conseguir que Constanzo abriese los ojos y defendiese la verdadera fé, á lo cual

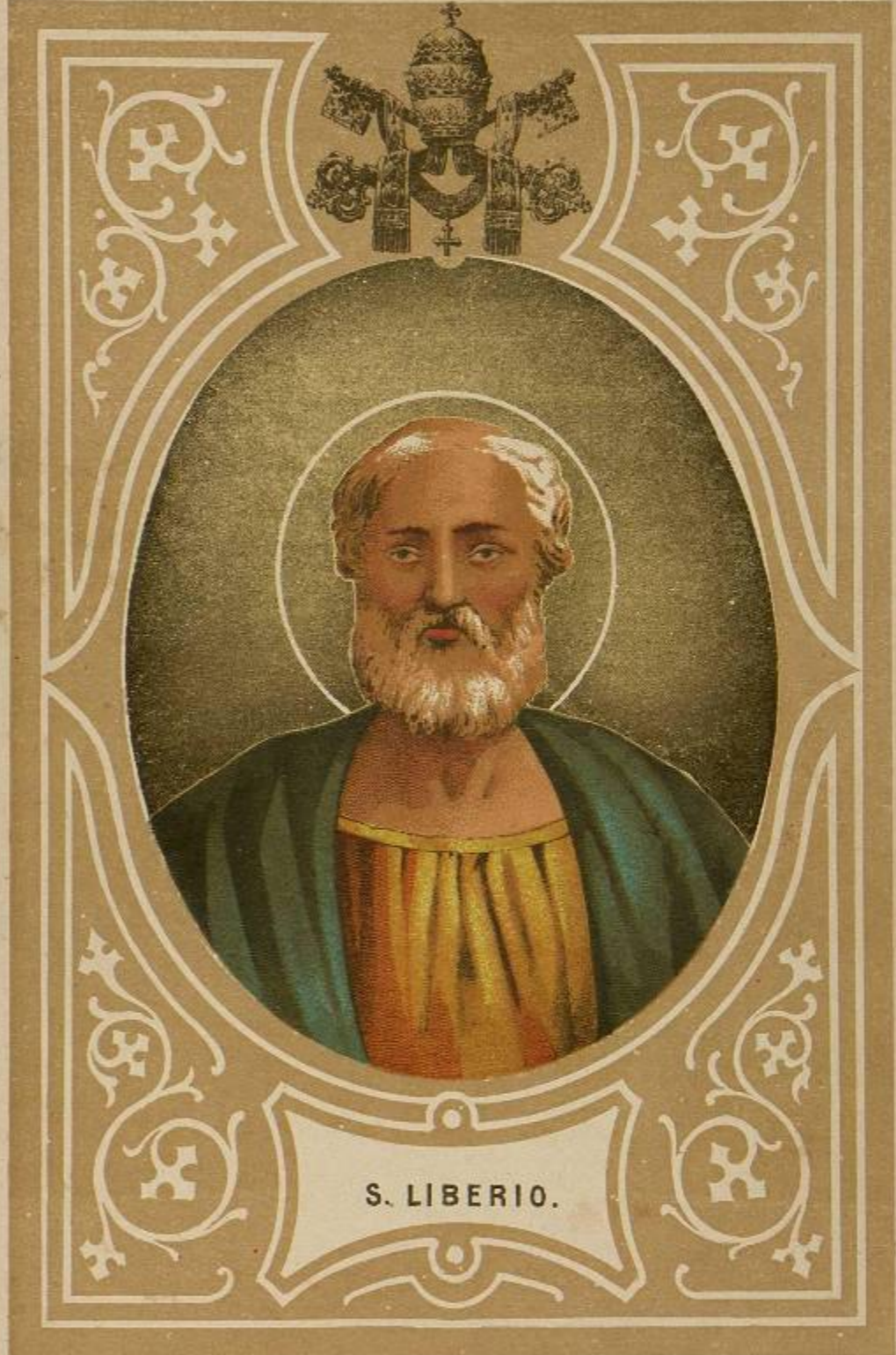
contribuyó también personalmente con la reunión del concilio de Sárdica de que más arriba se ha hecho mención. Escribió á los alexandrinos para que se regocijasen por el regreso de San Atanasio; y en todo, en fin, se mostró verdaderamente grande por la fortaleza de su espíritu, por la elevación de sus ideas y por su apostólica elocuencia. Entre sus disposiciones importantes cuéntase la de haber dado especial encargo á los notarios apostólicos para que conservasen con sumo cuidado las actas de los mártires y las referentes á legados, donaciones y testamentos, hecho en el que parecen tener formal principio la Biblioteca de la Santa Sede y el primicerio de notarios. Después de crear, en tres ordenaciones, nueve ó diez obispos, diez y ocho ó diez y nueve presbíteros y cuatro ó cinco diáconos, falleció el año 352, habiendo ocupado la Cátedra de San Pedro once años, dos meses y seis días. Algunos malévolos escritores, han tratado de dirigir cargos á la Iglesia, por el lujo pontifical en tiempos de este papa, sosteniendo que tal fué el motivo de que Pretextato, prefecto, de Roma dijese á San Julio ó á su sucesor: «Hazme obispo de Roma y seré cristiano.» Pero tal acusación carece de fundamento, pues si bien se juzgan ciertas las anteriores palabras, y si lo es que la Iglesia entonces era ya rica, también está probado hasta la evidencia que sus riquezas se aplicaban solamente en honor del culto de Dios y para socorrer á los pobres. Decir lo contrario es cometer un delito de lesa historia. El cadáver de San Julio I fué sepultado en el cementerio de Calepodio, desde donde fueron luego llevados sus restos á la Iglesia de Santa María de Trastevere.

Durante el pontificado de San Liberio, romano é hijo de Augusto, que sucedió á San Julio, recrudecieron las persecuciones contra el obispo de Alejandría y los verdaderos católicos. El mismo escritor más arriba citado, refiere en los siguientes términos la mencionada persecución:

«La paz y tranquilidad de los católicos fué muy poco duradera pues no llegó á tres años. En 353, se renovó la persecución contra los obispos católicos, y esta con bastante crueldad. Constancio se dejó engañar nuevamente de los arrianos, y San Pablo de Constantinopla fué la primera víctima. Como quiera que este era muy amado de su pueblo, el Emperador mandó al prefecto del preto-



30
 contribuyó tambien...
 Sárdica de que mas...
 alejandrina para...
 sio; y en todo...
 taieza de se...
 tónica...
 de haber de...
 conservar...
 ferentes...
 pareces...
 primicias...
 m...
 en...
 C...
 m...
 el...
 el...
 á...
 a...
 a...
 ta...
 c...
 p...
 c...
 d...
 S...
 t...
 t...
 e...
 n...
 F...
 l...
 d...
 t...
 a...



rio, Felipe, que con arte ó por fuerza echase á Pablo de su iglesia y colocase en ella á Macedonio. En efecto con engaño fué sacado Pablo y conducido á Cocuso, donde fué encerrado en lugar estrecho para que muriese de hambre, y seis dias despues, encontrándole aun vivo, le ahogaron.

»San Atanasio volvió á ser objeto de las mas crueles persecuciones, valiéndose sus constantes enemigos de su antiguo método de las calumnias. Fingieron una carta que mostraron al Emperador por la cual se daba á comprender que Atanasio habia procurado que Constante moviese guerra á su hermano. Si aquel débil Emperador hubiese estado dotado de mejor criterio, hubiese descubierto el engaño, y no se hubiese dejado sorprender, porque todo lo que antes habia ocurrido, eran lecciones elocuentes para el porvenir. Pero parece que siempre los que ocupan los tronos están destinados á ser víctimas de aquellos que les rodean. El Emperador que habia visto claramente las virtudes de Atanasio, y que le habia hecho magníficas promesas, se olvidó pronto de ellas dando oídos á aquellos pérfidos enemigos de la Iglesia, y resolvió echarle nuevamente de su Iglesia y hacerle condenar.

»Gobernaba entonces la Iglesia el papa San Liberio, y los arrianos empezaron la obra por escribirle á este Pontífice contra Atanasio, pero al mismo tiempo Liberio recibió otra carta firmada por setenta y cinco obispos de Egipto á favor del Santo.

»Negóse el Papa á privar de la comunión á San Atanasio, y creyó lo mas prudente escribir al Emperador, suplicándole reuniese un concilio en Aquileya. Este concilio se celebró en Arlés, por hallarse allí Constancio, el cual firmó un decreto condenando á todos los que se negasen á la deposicion de Atanasio. Los arrianos pretendian que empezase por aquí el concilio, pero los diputados del Papa objetaron que era asunto preferente la causa de la fé, por lo cual debia tratarse antes que los asuntos personales.

»En suma la condenacion de Atanasio fué suscrita por los mas.

«San Paulino de Tréveris se mantuvo constante, siendo uno de los que resistieron á suscribir aquella injustísima sentencia.

»Se cree que por este tiempo fué cuando el gran anacoreta San Antonio salió del desierto y se dirigió á Alejandría, con objeto de dar un público testimonio de su comunión á San Atanasio, y tam-

bien se cree que por el mismo tiempo el Santo escribió su brillante apología. En este magnífico escrito, se hallan los principales documentos de la defensa del santo obispo, que tanto trabajó por la defensa de la verdadera fé de la Iglesia Católica.

»Terribles fueron las grandes persecuciones suscitadas contra San Atanasio, así como admirable la paciencia y la resignación con que las sobrellevaba. En el papa Liberio que conocía perfectamente sus virtudes y excelentes cualidades, como también las perfidas maquinaciones de los arrianos, encontró un defensor. Procurábase con las mayores instancias que todos los obispos de Italia suscribiesen la condenación de Atanasio. Lucifero, obispo de Cáller, varón de gran reputación por sus virtudes y su inquebrantable ortodoxia, se ofreció al papa para ir á solicitar del Emperador el que se tratase en un concilio todo lo que estaba en cuestión. Condescendió Liberio, y enviándole acompañado de un presbítero y un diácono, entrególe una carta para el Emperador, muy respetuosa pero al mismo tiempo resplandeciendo en ella toda la firmeza de su carácter. Rogóle que empezándose en la asamblea por confesar unánimemente la fé de Nicea, se examinase después la causa de Atanasio, teniéndose presente que cuatro obispos se salieron de Milan por no firmar su condenación, y que los de Arlés tampoco quisieron suscribirla.

»Recibió Constancio la carta del Pontífice, y en efecto reunió un concilio en Milan, accediendo á los deseos de Liberio: mas como quiera que Constancio estuviese entregado completamente á los arrianos, se propuso un fin perverso, cual fué el hacer que los occidentales suscribiesen la condenación de San Atanasio. A esta asamblea comparecieron mas de trescientos obispos, entre ellos ochenta del Oriente. Asistió el Emperador Constancio, el cual presentó un formulario arriano que fué desechado por el concurso, é insistió en la condenación de San Atanasio. Hicieronle ver muchos obispos que lo que pedía era contrario á las reglas de la Iglesia, á lo cual contestó el Emperador: *Lo que yo quiero debe pasar por regla; los obispos de Siria encuentran bien que yo hable del modo que lo he hecho.*

»Aquellos prelados apoyaban con firmeza sus representaciones en favor de San Atanasio; y de tal modo llegó á irritarse por esto

Constancio que sacó la espada contra ellos. Muchos de aquellos obispos, atemorizados por la actitud del príncipe, consintieron cobardemente en la condenación del santo prelado, de suerte que llegaron á formar mayoría los arrianos. Los que tuvieron valor suficiente para resistir, fueron condenados á destierro, en cuyo número se contaban San Eusebio de Vereil, y Lucifero de Cáller; el mismo Dionisio de Milan que tuvo la debilidad de suscribir la condenación de San Atanasio, sufrió la misma pena de destierro á causa del celo con que defendió la fé de Nicea, y el diácono Hilario fué azotado por los eunucos arrianos. Tal fué el fruto de aquel conciliabulo.

»El destierro de los buenos obispos que tuvieron la firmeza de no acceder á la injusticia que de ellos reclamaba el Emperador, consiguieron un magnífico triunfo, porque en todas partes fueron recibidos con el mayor entusiasmo por los fieles que los respetaban como á santos confesores de la verdadera fé de Jesucristo, ofreciéndoles cuanto podían necesitar, en tanto que los arrianos eran mirados con horror, sin que nadie quisiese comunicar con ellos. Dionisio de Milan, desterrado á Capadocia, murió á los pocos días, y los arrianos se dieron prisa en colocar en su lugar á Auxencio que era de su secta. El papa Liberio escribió una carta á los obispos desterrados, manifestándoles el dolor que le causaban sus padecimientos, y al mismo tiempo la satisfacción que experimentaba por su firmeza en defender la causa de la verdad y de la justicia: les ofreció las recompensas celestiales y rogóles encarecidamente que dirijiesen á Dios, fervorosas súplicas en su favor y por toda la Iglesia universal.

»El Emperador tuvo la audacia de pretender que el Papa confirmase la condenación de Atanasio, reconociendo que él era la autoridad suprema de la Iglesia.

»No pudo ser mas indigna la conducta de Constancio en este punto. Como si hubiera sido posible comprar con dádivas al Vicario de Jesucristo sobre la tierra; á aquel cuya misión es velar por la pureza de la fé y su conservación, siendo el maestro y legislador supremo de la Iglesia, le envió magníficos regalos por uno de sus primeros eunucos, acompañándolos de una carta llena de amenazas, para el caso de que se negase á complacerle en su demanda.

El comisionado dejó los regalos á uno de los empleados de la Iglesia de San Pedro, mas en el momento que de ello tuvo conocimiento el papa Liberio, no solamente reprendió con severidad á aquel empleado, sino que mandó arrojar fuera aquella ofrenda profana. Con tal modo de obrar, irritáronse en gran manera los arrianos y trabajaron cerca del Emperador, á fin de que enviase una orden al gobernador de Roma para que prendiese al Papa. Como la persecucion no se habia de limitar tan solamente al jefe supremo de la Iglesia, sino á todos aquellos que respetaban sus decisiones, hubo un gran terror en la ciudad; las personas que podian hallarse mas comprometidas se escondieron, y los comisionados para prender al Papa temieron al pueblo, y determinaron, como así lo hicieron, sacarle de su palacio á la mitad de la noche para conducirlo á Milan.

»Inmediatamente fué conducido á la presencia del Emperador, el cual le echó en cara lo que llamaba su obstinacion en comunicarse con el obispo Atanasio. La respuesta del Papa fué muy digna de la cabeza de la Iglesia: *Señor, los juicios eclesiásticos deben hacerse con mucha justicia. A mi no me es licito condenar un hombre sin oírle y juzgarle.* A lo cual respondió Constancio: *Toda la tierra ha condenado su impiedad; y Atanasio pide que se le oiga con el solo objeto de ganar tiempo.* Lejos de entibiarse la firmeza del pontífice, exclamó: *Los que han firmado la sentencia contra Atanasio no han visto lo que habia pasado: lo que los ha movido es el deseo de la gloria, ó el temor de la infamia con que vos los amenazasteis; quiero decir, que los que no miran por la gloria de Dios prefiriendo á ello vuestros beneficios, han condenado sin forma de juicio á uno que no han visto, lo que no es de ninguna manera propio de cristianos.* En una segunda conferencia volvió á instar el Emperador, mas como viese que Líberio no cedía un punto en su firmeza, le hizo desterrar á Berea, en la Tracia.

»Nuestro célebre Osio que era uno de los prelados mas respetables del mundo cristiano por su sabiduria y por haber sido confesor de Jesucristo, y que era ya doblemente respetado por su ancianidad, fué tambien objeto de los tiros de los arrianos. Luego que ellos consiguieron el destierro del Papa, instaron al Emperador á fin de que obrase de la misma manera con la obispo español. A

consecuencia de haberle dirigido Constancio diversas cartas, en las cuales mezclaba los halagos con las amenazas, el santo obispo le envió la siguiente que es un testimonio de su sabiduria, de su firmeza y de su fé inquebrantable, digna de conservarse para eterna memoria en los fastos de la historia. Hé aquí el texto de tan notable documento:

»Osio al emperador Constancio, salud en nuestro Señor. Confesé por primera vez la fé en la persecucion de vuestro abuelo Maximiano. Si tambien vos quereis perseguirme, pronto estoy á sufrirlo todo antes que derramar la sangre inocente, y faltar á la verdad. No puede aprobarse lo que escribís, ni las amenazas que haceis. Dejaos, pues, de escribir de esta suerte, no sigais la doctrina de Arrio, no escuchéis á los orientales, ni os fieis de Usarcio y de Valente: no hablan tanto contra Atanasio como á favor de su herejia propia. Creedme, Señor, pues por la edad podria ser vuestro abuelo. Yo me hallaba en el concilio de Sárdica, cuando vos y vuestro hermano: recelosos en todo, en nada convinieron. Atanasio despues pasó á Antioquía, vuestra corte, cuando vos le llamasteis: sus enemigos estaban tambien allí: él instó que se les citase á todos juntos, ó de uno en uno, á fin de que, ó bien en su presencia probasen sus acusaciones, ó al menos no le calumniasen estando ausente. Pero ellos lograron que vos no atendieseis á demanda tan justa.

«¿Por qué, pues, los oís á ellos ahora? ¿Como sufris á Valente y Usarcio, despues que ellos mismos se retractaron y por escrito confesaron su calumnia? La confesaron, no por fuerza, como ahora propalan: no habia allí soldados que les instasen: no se metia en esto vuestro hermano: no pasaban en su tiempo las cosas que pasan ahora. Ellos mismos, de su propio movimiento, vinieron á Roma, escribieron su retractacion en presencia del obispo y de los presbíteros, y ya antes habian escrito á Atanasio una carta de amistad y de paz. Pero si ellos insisten en que se les hizo violencia, si conocen que esto es malo, si vos no lo aprobais, no useis vos tampoco de violencia; no escribais, ni enviéis condes, llamad á los desterrados y no permitais que los que se quejen á vos de violencia, las cometan mucho mayores con vuestro nombre y autoridad. Porque ¿qué hizo Constante que se parezca á lo que vos haceis?